

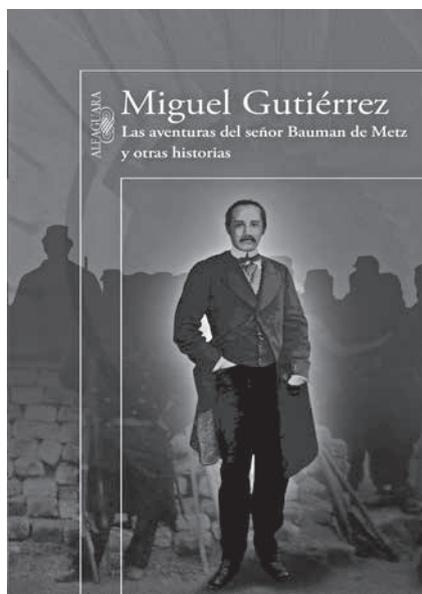
Las aventuras del señor Bauman de Metz

ROMINA GATTI

Crisol. Abanico en el que palpitan las recurrencias del autor. Así se percibe la reunión de estos doce relatos, y así lo declara el propio autor Miguel Gutiérrez en el prólogo: «Me ha guiado el deseo de ofrecer a los lectores un muestrario de historias que puedan revelar las notas distintivas de mi obra narrativa en los planos temáticos y formales» (p. 11). Para ser fiel a su propósito, el autor ha debido extraer una historia de cada uno de los universos planteados en sus doce novelas publicadas, pues si hay una nota que lo distingue, es la de anhelar la pluralidad de experiencias y de lenguajes.

Así, *Las aventuras del señor Bauman de Metz y otras historias* se nos presenta como una conjunción de mundos bastante disímiles: el lector es invitado a transitar de la ciudad al campo; de París y Piura del siglo XIX, a la Lima y Estados Unidos del XX; de la pasión amorosa, al bandolerismo y la revolución. Cada uno de estos mundos se configura, además, a partir de distintos códigos y técnicas. Gutiérrez se ha declarado a favor de un lenguaje y de una estructura que se amolden a las situaciones y a los individuos planteados más que por un estilo-marca de autor, y eso es lo que nos ofrece, en efecto, y de una manera tan natural, que casi pasa inadvertida, como ocurre en la vida cuando transitamos del código culto al cotidiano, del habla de una región a la de otra, de la lengua del deseo a la del desamor o la venganza.

Como una exudación de toda su obra, las narrativas aquí planteadas no se cansan de señalar la abrumadora desigualdad social y las fuerzas que se alzan con el afán de suprimirla. Casi sin excepción, los personajes se mantienen en pie de lucha contra el sistema, sea este el de las haciendas, el del Estado peruano durante la guerra interna o el de la Comuna de París. Desde sus diversos derroteros, algunos de ellos se afianzan en una violencia asumida y manejada como si se tratara de una segunda piel. Nos reencontramos, por ejemplo, con Tamara Fiol, la desbordante luchadora social en «¿Qué cartel infamante pondrán sobre tu cadáver?», e Isidoro Villar, el bandolero que persigue la venganza familiar en «Conversación con Isidoro Villar». Nos encontramos



Las aventuras del señor Bauman de Metz y otras historias

Miguel Gutiérrez
Literatura Random House
Lima, 2015
328 pp.

también, con otros personajes como Presburg, quien —en el apasionante relato que da título al libro— se arroja a la defensa de la Comuna mientras se debate en otra durísima lucha interior: la de resolver si la matanza de la que está participando es legítima o no, si esta justifica la defensa del ideal.

En otros casos, la injusticia señalada se ejerce en ámbitos más bien privados, lo que no le resta trascendencia, pues los desencuentros familiares o institucionales se plantean como muestrarios de una realidad social en la que no hacen más que reproducirse. Es así que el peso de la bastardía —lacerante eje de lo latinoamericano, según el autor— se manifiesta en la malograda relación madre e hijo en «Montes de amargura», a la par que en «La logia garcilasista», una de las narraciones más deliciosas del conjunto. Al mismo tiempo, Gutiérrez se ensaña con la mezquindad de la academia, a la que se presenta más interesada con el ejercicio de un poder desmedido y farsesco que con ampliar el conocimiento del corpus estudiado.

No faltan los relatos que ponen énfasis en otro tipo de lucha, que es la que se entabla por el anhelo del encuentro amoroso, siempre signado, en estos casos, por el tabú. Ocurre así en «Xóchitl y las flores» y «El manantial de aguas perennes», relatos extraídos de aquella antigua y perdida hacienda en la que Xóchitl y su hermano gozan de su amor, tanto más pleno e inocente cuanto más trasgresor. La plenitud en la trasgresión acompaña también, en «El acompañante insólito», a dos jóvenes —una mujer occidental y un varón integrante de una tribu de la zona— que atraviesan juntos un enorme desierto australiano, mientras ella reflexiona en cómo el mayor, el insuperable desierto que se extiende ante ellos lo constituyen sus insalvables diferencias culturales, que anuncian la inminente ruptura del breve paraíso que sin planearlo se han creado.

Por otra parte, algunos de los relatos de corte político giran en torno a la distopía amorosa, a amores imbuidos en una violencia tan destructiva como constructiva que sus protagonistas dicen propiciar a nivel social. El caso clave es Tamara Fiol, quien relata su último encuentro con Raúl Arancibia, opuesto a ella en ideales y prácticas, pero empeñado en mantener entrelazadas sus vidas hasta el último minuto.

Finalmente, al ficcionalizar ya sea el entorno político o las pasiones privadas, se siente en todos los relatos, de una manera u otra, el peso que ejercen las generaciones. En el campo o en la ciudad, en un restaurante limeño o en las últimas barricadas que resisten el asedio de los versalleses, los que dialogan son solo puntos en una red de relaciones de la que participan los vivos, pero también los muertos. De manera más o menos explícita, Gutiérrez nos invita a entender que sobre el presente, gravitan múltiples pasados, que en el entorno donde dialogan los personajes se agolpa una legión de ancestros, porciones de humanidad que hacen eco a sus voces. «Conversación con Isidoro Villar», «Kympe» y «El amante latino», son quizá los ejemplos más claros. En ellos, como en todo el libro, las redenciones o fracasos que el autor imagina se plantean como redenciones o fracasos del pasado y del futuro, en una violencia del tiempo que lo condena todo entero.